

El vuelo

Por Antonio Pereira

El pasajero recibió la sonrisa de la azafata y la oferta neutral de periódicos de la mañana. Decidió que no cambiaría. Tomó el mismo periódico de cada día, el que ojeaba en su despacho y luego leía a pausadamente, en las tardes hechas de conformidad y de deber cumplido. Era el periódico más cómodo de manejar. Los asientos de primera clase son amplios, nunca había viajado en la primera de un avión, y el vecino de al lado era una pasajera que casi quedó tapada por el Financial Times. Les ofrecieron champán. El pasajero rehusó cortésmente. En seguida pensó que aquello no era el correo de atalayad a Burgos, por qué no aceptar el regalo. Pero se calló. Estaban las fotografías de la actualidad en las páginas de color sepia, el anuncio de las subastas de arte. En los anuncios de las subastas hay siempre un cuadro de monaguillos y una escultura de Hugué. En las cartas al director oyó que le preguntaban, una voz adecuada.

-Perdón, señor, ¿a usted le molesta que fume?

La pasajera le había hecho unos dobleces al Financial. Lo había doblado como se dobla una sábana, para poderlo dominar a trozos.

-No me molesta, por favor- animó el pasajero a la pasajera, que ya tenía el paquete de cigarrillos y el encendedor encima de la mesita extendida.

La pasajera tomó el paquete, hizo un gesto mínimo de ofrecimiento.

-Se lo agradezco- dijo él-, pero yo le he dejado hace tiempo.

La pasajera se dio fuego.

-Esa es una medida bien sage.

Debía ser francesa, hablaba español con un acento discreto.

Barajas había quedado atrás, abajo. El aparato se había instalado en el aire con ese zumbido de normalidad que envuelve como una seda –el sentía la seda- a los

pasajeros de los aviones. Todo aquello era nuevo en su vida. No era la primera vez que se distraía escribiendo sobre temas jurídicos ni la primera que le publicaban el Anuario de Derecho Civil. La invitación sí había sido una sorpresa. Todo fue repentino. Y halagador, la mayor satisfacción después de ganar las oposiciones, salvo las ocasiones familiares, por supuesto, la previsible felicidad de la boda (que recordaba como un álbum), el nacimiento de la niña y de los gemelos. Podía sentirse a gusto. Se sentía a gusto, en la mañana de nubes iluminadas que flotaban junto a un cristal inmediato. Sólo una remota aprensión, todavía desdibujada. Lo pensó y era el saberse un poco encerrado, como estar en el teatro o en un concierto en una butaca de mitad de la fila. Su obsesión era no entrar donde uno no sepa que puede salir. O donde uno no pueda salir a tiempo.

-Perdón, señora, quizá prefiera usted la ventanilla- ofreció con timidez. Como si fuera un gesto galante.

-Oh, no, señor. Es un paisaje que conozco como mi propia calle.

La pasajera había dejado su periódico. El pasajero volvió al suyo, con la idea confusa de haber sido desairado en un baile. Estaban los editoriales, por supuesto. Los columnistas. Le gustaba darle una pasada al periódico entero, en espera de volver sobre sus pasos y detenerse bajo la promesa de un título, sobre una firma de la Real Academia Española.

-A no ser que usted necesite el pasillo, señor. Si usted se mareo o se encuentra mal.

-Nada de eso, afortunadamente. Se lo agradezco.

Pero sintió un poco de frío, a pesar de la camiseta de felpa. No se mareaba en los viajes, tampoco podía decir que se encontrara indispuerto. Pero, en fin, es verdad que había salido un poco ligero de vientre. O serían los nervios, el temor de una cosa así estando fuera de casa.

-El vuelo no es largo- dijo, como si se tranquilizara a sí mismo- Sin darnos cuenta estaremos viendo a atorre Eiffel.

-Buen o-dijo la pasajera, si usted lo dice en sentido figurado. Yo no creo haber visto nunca desde los aviones la torre Eiffel- con un gesto de la mano aludió al compartimento de privilegiados- Al cabo del tiempo una tiene la sensación de que volando por esas rutas se ven corbatas conocidas, los mismos bolsos de Chanel o de Gucci. Juraría que usted es nuevo en Europa.

Él pensó en el nudo de su corbata, como si se lo estuviera recomponiendo. Se había acostumbrado a la corbata negra y a veces se olvidaba de cambiarla después de quitarse la toga. Esta vez la corbata era azul marino, la que le habían dicho en casa que le iba bien con el traje oscuro de rayas.

-La verdad es que no viajo mucho. Hasta ahora he viajado poco por el extranjero.

-Cada vez es menos lo que pueda llamarse extranjero. ¿Le esperan a usted en París? –la mujer miró su reloj, que parecía a juego con el encendedor- Despegamos con mucho retraso.

-¿En París? No, yo sigo viaje para Luxemburgo.

-¡Ah! –la mujer pareció divertida- todos viajamos a Luxemburgo.

¿Usted también hace el trasbordo en París?

-Oh. No. Era una manera de hablar. Todos viajamos a Estrasburgo, a Bruselas, a Luxemburgo. ¿Está usted en política?

-No exactamente. Verá. Voy... invitado por los juristas. Una conferencia un poco técnica, el Derecho matrimonial.

-Divorcios y eso ¿no?

-Pero yo no soy, como si dijéramos, una autoridad. Escribí unos ensayos, más bien por afición. Yo vivo en una pequeña ciudad, mi función es la de magistrado.

-¿Un juez?

-Sí, eso es.

-No será usted de esos que meten en la cárcel a las parejas que se acarician – otra vez miró la pasajera a su reloj- Tendrá que hacerse a la idea de que ha perdido el enlace, prepárese para esperar unas horas.

El juez miró de lado a su compañera de viaje, sin severidad. Era desenvuelta y hermosa, y el juez se alegró porque la viajera no le incumbía

-Los jueces aplicamos la ley

-¿Al pie de la letra?



-Bueno prefiero decir que la interpretamos. Tengo en la carrera judicial del Derecho.

Decididamente, la pasajera no era de su jurisdicción. Y podía hacer ella lo que fuera, por ejemplo, abrirse aún más el escote lateral por donde se le iba a escapar un seno a cualquier movimiento. Como si quería quedarse “un puris naturalibus”, él no tendría ninguna obligación que cumplir. Se relajó en la butaca. EL camino hacia los lavabos, en el peor de los casos, no sería una aventura imposible.

“Permítame, señora” o incluso en francés “Excusez-moi, madame”, sin precipitarse, qué ocurrencia el atracón de fresas tempranas marchando de viaje. Volvió a lo suyo y las páginas de sucesos le parecieron un asunto lejano. En el juego de la Bolsa titubeó. Tampoco con el secretario o con el agente judicial se atrevía a sacar las tarjetitas (dos) para cotejar los números caprichosos. En las esquelas, dos registradores que moverían el escalafón. Un poeta extremeño y una señorita “cum laude” en esas fotos menores. Ahora faltaba la tercera (no hace falta decir la página tercera), un buen lector de periódico sabe que está al principio, pero que se deja para el final. Había una brisa que había vuelto excesiva. La pasajera estaba en todo, debía de saberse todos los trucos y alzó el brazo suave, con el escote de lado, hasta los mandos que graduaban el aire. La colaboración, a tres columnas, venía apretada de doctrina. Tenía razón el articulista al explicar que no debe caerse en la aceptación paciente de todo y que lo razonable es que el culpable se sepa culpable y el delincuente siente remordimientos. Hablaba de curas y de obispos y de los Evangelios. Algunos obispos se ponen ante la televisión con gana de caer simpático. Tan compresivos y tolerantes. Demasiado tiempo, es verdad, se habían pasado penalizando algunos pecados de la carne. Era lo que el lector del artículo iba deduciendo de la prosa del académico cuando, de pronto, sin saber cómo ni por qué, “Par délicatesse, j’ai perdu ma vie” O si se sabía el porqué, es malo que por una delicadeza inoportuna se ponga a los otros en peligro de perder su vida, la suya propia, como haría el médico que se callara por no asustar al enfermo mientras la enfermedad avanzaba... Pero esto ya no le importaba al lector. La cita brillaba allí, entre el realce de las comillas, como una banderita de seda clavada en un mapa. “Par délicatesse, j’ai perdu ma vie”. Como si los versos de Rimbaud hubieran sido traídos nada más que para dejar un recado, un perfume. A diez mil metros por encima de la vida corriente.

“Oisive jeunesse à tout asservie, par délicatesse j’ai perdu ma vie”

Julia. El nombre de Julia. Qué habrá sido de Julia, tan diferente de todas. Nos volvimos a ver unos años después, cuando ya nuestros caminos se habían alargado

cada cual por su lado. Un café apresurado en la capital, yo te deseaba mucho, Julia; yo también a ti, acuérdate de aquella vez en las cuevas, a poco que hubieras insistido. Los dos nos habíamos recitado (murmurado) la canción de la torre más alta, en los pasillos de la academia Minerva, en la plaza del poblachón que vivía sin saber que vivíamos. Una tarde –qué clara la veo-, pero llovía- al salir de un cine fórum que alentaba un cura moderno. Ella y yo, transparentes, ensayando la traducción de la intraducible_ “Ah que llegue el tiempo / de amar como el fuego. / Juventud ociosa / yo perdí mi vida.” Pero era inútil, la poesía se atrincheraba en los orígenes inviolables, pedía resbalar en sus propias palabras únicas por los labios finos de Julia “A tout asservie. Par délicatesse, j’ai perdu ma vie” –no, nadie, ya nunca como aquellos labios-, “j’ai perdu ma vie”

Todavía vinieron con ofrecimientos, revistas lujosas, naranjada que la pasajera de al lado pidió completar con un chorro de vodka.

-Whisky, gin-tonic, lo que usted prefiera, señor

Un té vendría mejor. Te lo habían dicho cuando te prepararon la muda, y la corbata y el traje, ella sabe cuidaron “mira los niños, el té con limón te digo que hace milagros”. Pero ya tenían que estar llegando. En el bolsillo más seguro se sentía el billete de avión, la carta del comité felicitándolo por su trabajo. Se alegró de que el billete fuera de ida y vuelta. La pasajera se levantó –esta vez de cuerpo entero- y tenía un cuerpo esbelto, flexible como si fuera una mujer más joven. Volvió de retocarse y traía un aire de libertad, la boca ancha y saludable. Hablaron de cosas, del pronóstico del tiempo. La mujer le dijo al hombre derechamente:

-Yo estoy sola y también tengo unas horas libres. ¿Quiere usted venir a mi apartamento en Neuilly?

El hombre agradecía mucho, se excusaba:

-Sería un placer, madame, hubiera sido un honor...

-No tiene importancia, Monsieur- la mujer sonreía siempre-, acaso en otra ocasión, quién sabe...

Porque no se puede llegar la primera vez a una casa y preguntar por el baño.

Ilustración: Ricardo Zamorano